

SAN MARTÍN: ARGENTINE SOLDIER, AMERICAN HERO

John Lynch

New Haven - London: Yale University Press, 2009.

Guillermo Sosa

Instituto Colombiano de Antropología e Historia (ICANH)

El autor traza, a lo largo de diez capítulos, el derrotero seguido por José de San Martín, desde sus primeros años en la provincia de Misiones hasta su muerte, ocurrida en Francia el 17 de septiembre de 1850, a la edad de 72 años. Después de describir las características del medio familiar y la temprana partida hacia la península, donde inició una carrera militar en la que, durante veinte años, prestó sus servicios al ejército español, el autor analiza la situación económica y política del Virreinato del Río de la Plata, en su corta pero muy especial vida administrativa: expresión de los esfuerzos del Imperio por reformarse y pilar fundamental de su dominio en el Atlántico Sur.

Bajo este contexto, los siguientes capítulos se emplean en el estudio del papel desempeñado por San Martín en América meridional, una vez llega a Buenos Aires, en 1812. Así, los principales conflictos de orden político y militar que debió superar son los referentes a partir de los cuales se organiza el texto y se va esbozando el perfil de este personaje que, durante su vida pública, debió enfrentar complejas situaciones ante las cuales tomó decisiones que aún son materia de amplios debates.

La campaña adelantada por los patriotas del Río de la Plata en las provincias del norte, encaminada a tomar el control del Alto Perú, llegó a un punto muerto en el que las fuerzas comandadas por Belgrano no tuvieron la capacidad suficiente para doblegar a las realistas allí estacionadas. Ante la necesidad de modificar dicha situación de estancamiento, San Martín, quien tomó el mando a principios de 1814, podía persistir en la

táctica de avanzar al norte reforzando previamente sus efectivos o, por el contrario, diseñar una nueva estrategia. La que puso en práctica —con el paso de los Andes hacia Chile— supuso no sólo un cambio en el ámbito militar, sino una visión política diferente acerca del conflicto contra España. La llamada *estrategia continental* reformuló el carácter y los objetivos de los actores involucrados en la guerra y de aquellos que con su avance resultaron, más adelante, directa o indirectamente comprometidos.

Esta decisión tuvo como fondo la controversia entre los gobernantes del Río de la Plata en torno a si se utilizaba el ejército en las disputas internas o si, por el contrario, se empleaba en perseguir y atacar a las fuerzas realistas. San Martín aprovechó la aguda fragmentación política para ganar autonomía y realizar su plan estratégico. No obstante, a lo largo de toda su campaña, hasta 1822, debió sortear las limitaciones que suponía estar al frente de unas fuerzas militares que al final ya no sólo tenían lazos de dependencia con las provincias del Río de la Plata, sino con Chile y Perú. La necesidad de fortalecer la unidad de las tropas, de dotarlas de los recursos suficientes, de movilizarlas hacia los lugares que la táctica lo exigía, tuvieron en esa dependencia un obstáculo que al final resultó insuperable.

Otro de los aspectos ante el cual se vio enfrentado el comandante del Ejército de los Andes fue el relacionado con la definición acerca del momento apropiado en el cual, una vez tomada Lima, debía incursionar contra las fuerzas realistas estacionadas en la sierra: ¿debía hacerlo en el corto plazo o esperar el tiempo necesario hasta tener una fuerza militar de mayor envergadura? Esta decisión militar conllevaba importantes implicaciones políticas, porque, entre otras cosas, el débil y siempre dudoso apoyo alcanzado entre sectores de las élites peruanas tendía a diluirse, y la precaria unidad del mando patriota, a resquebrajarse.

San Martín arribó a Lima con la convicción, que al final resultó acertada, así él ya no fuera protagonista, de que la suerte de América meridional se definiría en Perú. La importancia económica del Virreinato y los lazos establecidos a través de los siglos entre sus élites y la península dotaban al realismo de una base firme desde la cual intentar en cualquier momento, con bastantes probabilidades de éxito, la restauración monárquica.

La difícil marcha a través de los Andes y la navegación por el Pacífico hasta las costas peruanas buscaban eliminar esa posibilidad, pero la toma de Lima por las fuerzas combinadas del general San Martín y de la armada dirigida por el polémico Thomas Cochrane terminó siendo, de acuerdo con el autor, una trampa de la cual no pudo liberarse. Ante la convicción de que sus tropas no garantizaban una victoria militar, el comandante patriota habría optado por desarrollar una labor política en procura de obtener el favor de los limeños, aspecto en el que igualmente fracasó.

Así como el punto de tensión más alto en la vida pública de San Martín llega cuando se encuentra en el callejón sin salida que representó Perú, así mismo el autor hace de este Virreinato el epicentro de los interrogantes historiográficos más acuciantes, dadas las implicaciones continentales de los hechos que allí ocurrían. ¿Cómo interpretar esta sociedad con un alto componente indígena, con un poderoso grupo de comerciantes españoles y con unas élites criollas que se resisten de diversas formas a romper los lazos que la vinculan con la península, en la que incluso sus sectores liberales encuentran acomodo en la monarquía?

El encuentro en Guayaquil, el 26 de julio de 1822, entre Bolívar y San Martín fue, en la perspectiva del autor, la última opción que le quedaba al Protector de Perú para superar el impase que representaba la incapacidad de su ejército para derrotar a las tropas realistas. Más que un encuentro, se trató de una competencia, en la que San Martín de antemano estaba en desventaja. No obtuvo el apoyo que solicitó y validó con su presencia la toma de Guayaquil por parte del ejército colombiano.

Cuando San Martín instaló el Congreso peruano y abandonó el mando en 1822, sabía que muy posiblemente lo que se precipitaría sería la anarquía política, la que según él sólo podría ser contenida mediante el ejercicio de un poder dictatorial. Dos años más tarde, Bolívar se vio envuelto en el turbulento juego de intereses que se escenificaba en Perú, pero con una fuerza militar considerable y la firme voluntad de emplear todos los medios para controlar el realismo de la capital virreinal.

San Martín mantuvo la esperanza de retornar. Las escalas que hizo en Chile y Mendoza antes de dirigirse a Buenos Aires así lo demuestran. Estuvo a la espera de noticias que le indicaran que las condiciones de Lima se tornaban a su favor, pero no le llegaron. El autor narra el drama que rodeó el regreso a Buenos Aires, donde en medio de las facciones que se combatían acerbamente, sus seguidores lo instaban a tomar parte en las luchas políticas que allí se libraban. El panorama era tan confuso que el general prefirió hacerse a un lado y partir al exilio.

La narración avanza con un breve recuento de sus actividades en Londres, Bélgica y París y hace hincapié en aspectos como la desconfianza que para los diferentes gobiernos que se sucedieron en el Río de la Plata suscitaba su presencia en Europa, pues temían que adelantara acciones para darle concreción a su conocida idea a favor de la instauración de regímenes monárquicos para los países recientemente independizados. Un comentario especial le merece al autor el apoyo que el general le brindó a Juan Manuel Rosas, lo que causa extrañeza si se considera que el jefe del Ejército de los Andes y Protector de Perú estuvo lejos de aplicar el terror contra sus enemigos políticos, pero explicable si se tiene en cuenta su visión acerca de la naturaleza anárquica e ingobernable de las colonias liberadas, si no se instituía un ejecutivo fuerte.

El libro concluye con el obligado paralelo entre Bolívar y San Martín, entre quienes el autor encuentra más cercanía ideológica de la que en principio se pudiera reconocer. Respecto al tipo de gobierno por el cual cada uno abogaba, el presidente vitalicio con capacidad para designar a su sucesor, propio de los proyectos constitucionales del primero, no estaba muy lejos de la opción monárquica por la que apelaba el segundo, y, en todo caso, ambas posiciones respondían a una similar caracterización de las sociedades hispanoamericanas.